

REYES MATE: *La razón de los vencidos*, Barcelona, Editorial Anthropos, Colección Pensamiento Crítico/Utópico No. 61, 1991, pp. 227

La propuesta del autor, inscrita en la Diálectica de la Ilustración, en la perspectiva de una Modernidad Crítica, pone en evidencia la imposibilidad así como el riesgo moral y político del neoconservadurismo encubierto de la posmodernidad, en tanto al propugnar el carácter totalitario de la razón y de la idea de una historia universal, simultáneamente presume que basta con anunciar-enunciar la posthistoria y lo otro de la razón para pensar una nueva forma de existencia individual y colectiva.

La sugerencia dura del texto se perfila en la línea de que el discurso, la palabra ficción no invalida el recuerdo, el silencio de la muerte, del fracaso y de la impotencia de todas aquellas historias de los vencidos que poblaron de dolores y esperanzas el camino del progreso en la civilización occidental. No podemos tan rápidamente saldar cuentas con la vida no vivida: a la razón no le es dado huir de la experiencia con la actitud de ofendida que espera una reivindicación ulterior. A ella y sólo a ella le toca enfrentar los avatares de la idea de reconciliación, la voluntad de razón, los logros y límites del ideal ilustrado.

Reconstruyendo en forma magistral el discurso filosófico de la Modernidad a partir de Hegel, señala la diferencia entre la Ilustración -entendida como época histórica, finita y ya suficientemente caracterizada

desde el idealismo absoluto como totalitaria y restringida- y el ideal ilustrado, ese que desborda todo contexto espacio-temporal y tiene sus raíces en la experiencia ampliada con pretensiones de universalidad que apunta a reconciliar, a superar las contradicciones del espíritu y la historia. Es al último al cual es posible apelar hoy como topos del pensar.

En la línea anterior señala, sin embargo, cómo los diagnósticos y terapias contemporáneas propuestas en términos habermasianos o heideggerianos resultan insuficientes en tanto su apertura es restringida: persisten en lo negativo de la época ilustrada y de todo el discurso filosófico de la Modernidad- al reconocer la doble raíz de la herencia cultural europea, el *logos* griego y la razón anamnética, no argumentativa que aminó a Israel.

Lo sugerente de la propuesta es la apertura a una noción ampliada de experiencia que recupera simultáneamente su dimensión cognitiva, científica, filosófica y la experiencia religiosa, eso que mantiene el recuerdo vivo de la diferencia, las perspectivas que acompasan en sus silencios el *logos* narrativo de la historia universal de los vencedores. La herencia judía ejerce resistencia frente a la voluntad optimista de futuro que pretende olvidar las voces de los muertos, de los vencidos, como si pudieran reducirse a consecuencias no previstas ni deseadas del proyecto emancipatorio del progreso de la Humanidad.

La lectura de esa experiencia ampliada la realiza Reyes Mate desde el espíritu de la Filosofía de la Historia de Walter Benjamin, recuperando así la fuerza crítica, ética y política de la memoria, su poder para pensar sin resentimiento y sin venganza el presente. Quizás ahora es posible vislumbrar la falacia de la ruptura con el pasado como mecanismo emancipatorio central de la enunciación que la modernidad hace de sí misma; la ontología del presente como forma propia de filosofía de la historia cae en la trampa de la concepción lineal de tiempo, de su confianza ciega en el futuro como lo nuevo, la liberación de toda huella, de toda impronta que movilice otros devenires, que exprese la presencia de la desarmonía y cerque la experiencia de poesía, de sentido, evitando con ello el empobrecimiento ascético y aséptico del mundo de la vida, su optimismo bárbaro.

En la excelente recuperación de Hegel, se clarifica el horizonte ético de su crítica contundente a la razón ilustrada, la imposibilidad de ligarse con el corazón y así interesar al pueblo; el conflicto de la Ilustración tiene su lugar de choque en el espacio positivo, en la desvinculación de la moralidad privada y la eticidad. La Modernidad como filosofía de la subjetividad desinteresa a la razón práctica de la pregunta por la vida buena al centrarla en la inquietud por el deber individual, supuesta génesis de validez de las instituciones: moralidad contractual, afirmación del individuo como previo y autor de lo social.

En los debates contemporáneos éticos teleológicos-éticos procedimentales, se renueva la inquietud hegeliana en torno a la reconciliación entre la tradición clásica de virtudes en la *polis* y el principio de la subjetividad autónoma. Sin embargo, volver a Hegel es insuficiente en tanto se trata de rescatar la compasión como sentimiento moral, fundamento de toda filosofía moral. El desplazamiento se realiza a partir de los pensadores de la primera generación de Frankfurt, quienes, desencantados de la existencia y

eficacia de la razón práctica, apelan al sentimiento que brota de la experiencia del sufrimiento del otro concreto, ese que irrita de una parte la sensibilidad y de otra moviliza la postura política.

La compasión hace viable la propuesta de solidaridad y reconocimiento mutuo que en las éticas discursivas tiene el riesgo de quedarse en el nivel formal en tanto no presupone ni desea la equivalencia, sino resalta, hace pie en la diferencia. De esta forma apuesta a los contenidos, al *telos* de la vida buena, pero sobrepasando los márgenes de los contextos y las tradiciones -superando el neoaristotelismo-. El deber-ser tiene que ver con el ser y a la vez con el pasado tal como lo formulara Benjamin: "hemos sido esperados sobre la tierra" y desde la precariedad de la remembranza somos responsables de hacer justicia al pasado de los vencidos.

A medida que se desarrolla la argumentación se evidencia la intención del texto: en una coyuntura política en la que se ha tomado lugar común la quiebra de los radicalismos, la razón no puede reducir su tarea de ilustración a la nivelación tolerante con lo que ha sido. La filosofía de la historia, el reto de pensar el presente, sobrevive si se entiende como mirada al futuro desde el pasado, recordando y reviviendo los anhelos de felicidad de los hombres de entonces, creando condiciones de empatía con ellos para hacernos cargo de sus insatisfacciones, dolores y humillaciones. Aquí nos situamos en el límite de la razón lingüística. La finitud impulsa el sentimiento sublime, religioso, memoria vigilante, voluntad de infinito, que en su fragilidad se hace fuerza crítica de la razón moderna, capaz de poner en entredicho la universalidad de la historia de los vencedores.

Se trata de otra forma de apostar una vez más a la razón, cargándola de una experiencia ampliada que oriente el actuar a partir del recuerdo del sufrimiento pasado y la evolución de la promesa ancestral de felicidad hecha desde la religión al hombre, pero sistemáticamente negada por la historia. Aprehendiendo la realidad desde la doble tradición de Occidente, quizás sea posible hablar de universalidad, la gran pretensión de la razón, pero en forma negativa.

ANGELA CALVO DE SAAVEDRA  
Universidad Javeriana